

Alerce

Año 5. N° 47. Julio de 2018. Director: David Hevia

Teresa Hamel, centenario y vigencia

Al cumplirse 100 años del natalicio de Teresa Hamel (1918-2005), es de toda justicia destacar la calidad literaria de "Teruca". Reconocida por críticos como Ricardo Latcham y Hernán del Solar, la escritora hereda también al mundo una fuerte impronta humanista, generosa con sus pares de las letras y valiente a la hora de encarar los más difíciles momentos vividos por el país. Autora de obras como *La noche rebelde* (1969), *Verano austral* (1979) y *Las causas ocultas* (1980), en 1988 publicó la novela *Leticia de Combarbalá*, en la que relata los últimos momentos de la vida de Pablo Neruda: "Tú resbalabas de la vida, lo sentía. ¡Ay! Amigo poeta. La noche estaba cruzada de balas, el río Mapocho esparcía su rumor de piedras arrastradas y la luna ajena nos miraba. El charco de sangre me escocía. Yo venía de dejar solo a mi compañero, porque un pálpito premonitorio me arrancó de su lado para acompañarte la noche última del alto vuelo". Notable animadora del diálogo entre las artes, su familia y la Sociedad de Escritores de Chile crearon en 2008, en su honor, el Concurso Nacional de Cuentos Teresa Hamel, que año a año promueve y da a conocer el trabajo de las nuevas generaciones. En 1984 obtuvo en Argentina el Primer Premio Internacional Julio Cortázar, por su cuento *La sorpresa*, que a continuación compartimos.

La sorpresa

Al amanecer desperté sobresaltado con una alharaca en el edificio. Unos encapuchados se colaron a mi departamento, apuntando al mayordomo con metralletas. Me aprehendieron, me amarraron por las muñecas y cubriéndome con un saco hasta los hombros me introdujeron a un vehículo donde esperaban dos individuos. Prisioneros -pensé- sin dirigirles palabra, pues un guardia nos custodiaba.

Rodamos un rato, quizás fuera de la ciudad. Luego dejaron de escucharse ruidos de movilización, pero a la hora volvió el ruido del suburbio. El vehículo se detuvo y nos obligaron a descender a golpes y a culatazos. Entramos a una casa. Me sacaron el capuchón. En la sala encortinada había dos mesas largas. Ante una de ellas sentada en una silla, una mujer desnuda. Enfrente suyo un encapuchado la

interrogaba. Me hicieron sentarme junto a la gemela mesa y de inmediato lo siguió otro encapuchado con dos hoyos abiertos a la altura de los ojos.

-Mejor me largas en el acto dónde guardas las armas y los nombres de tus amigos. Nadie lo sabrá y te concederemos la libertad-. El trato amable, educado, la voz persuasiva. En verdad ignoraba a qué armas se refería. Podrían matarme, pero yo no tenía nada que declarar. Se lo dije. Cambió el tono de voz, llamó a un tercer encapuchado. -¡Ablándalo!-, le ordenó.

El ablandamiento consistió en castigarme con los puños, abrirme las piernas y propinarme patadas en los testículos y rodillazos en el estómago. Más tarde me sumergieron la cabeza dentro de un barril con inmundicias hasta que comencé a asfixiarme, entonces me la levantaban unos segundos para respirar y enseguida me la hundían. Imposible resistir más, me sentía ahogado, mareado. Vomité cuanto contenía en el estómago. Quedé con la ropa mojada, agria, sucia, me produjo asco y compasión mi deplorable estado y lloré de rabia e impotencia.

Me pasaron a la sala contigua donde estaba la misma mujer, siempre desnuda, sentada y atada a una silla. Igual cosa realizaron conmigo aunque me dejaron vestido con las manos atadas a mi espalda. Luego me vendaron la vista. Casi enseguida comenzó a entrar gente a la sala. Sentí caer la silla de la mujer que arrastraban. Empezaron a violar a la mujer que se hallaba al extremo de la pieza.

-¡No, noooo!- gritaba ella, en medio de llanto angustia desesperación. -¡Nooo!- y se oía cómo se deslizaba por el suelo escabulléndose, el crujidero de tablas, la lucha cuerpo a cuerpo, el jadeo de los hombres, el aullido de placer, la voz estrangulada, los golpes, las cachuchas, la voz brava y sonora de mando, colérica, altiva, el látigo, la flagelación, el ahogo. Sin duda varios la violentaban, pues a ratos se le encontraba la voz y escuchaban sus quejidos sofocados. Algún valiente le tendría el pene dentro de la boca impidiéndole respirar, y le fornicaba un tercero. El piso de la sala se remecía entre gritos desgarrados, resoplidos de bestias, patadas y brincos. A juzgar por el entusiasmo parecían vigorosos jóvenes en un campeonato de rugby. Una vez terminada la sesión violatoria de diez hombres por lo menos, la mujer quedó exhausta, sollozando con alaridos de humillación y de congoja que comencé a consolarla, a musitarle muy despacio para tranquilizarla, para acallar o aliviar en parte la crueldad. Lloraba y repetía histérica -¡Qué horrible! ¡Qué horrible! ¡Qué horrible, Dios mío!-. Deseaba acercarme a ella, tendiéndole la mano, acariciar su rostro, ordenar su cabello, darle ternura, poderla

defender de aquel maltrato y comencé a balancear mi silla hacia delante y atrás hasta tumbarla. Mediante un movimiento continuo de mi cuerpo logré aproximarme.

-Linda, linda, amada, compañera, amor mío, ten valor, paloma mía, serénate... -algo así le murmuraba para consolarla, ignoro por qué le parlotaba de ese modo, pero mis palabras brotaban espontáneas, y mientras más hablaba la mujer gemía y se lamentaba tan desgarradoramente que en muchos instantes me pillé quejándome y aún ahora al recordarla me siento destrozado.

-... Jamás he mentado- me confesó.

-Yo no sé nada de lo que me preguntaban. Te juro por Dios. Soy inocente. Por Dios lo juro- repetía con pasión, esforzándose por convencerme de su pureza como si yo la enjuiciara.

-Ya lo sé. Se nota por tu lenguaje. A ninguna agrupación política perteneces, pero se empeñan en descubrir focos de subversión inexistentes. Necesitan prolongar el estado de terror y justificar las medidas arbitrarias.

-Así parece -admitió la triste niña-. Me muero de frío.

-Los dientes le castañeteaban.

-Relájate. Suelta los hombros. Ponte de espaldas y deja de tiritar. Verás cómo te recuperas. Piensa en el calor.

-... estoy cansada, tan... adolorida, Dios mío, qué cosa más espantosa me han hecho.

-Olvidate. No pienses más en ello. Piensa que yo te acompaño, aunque impotente soporto tu sufrimiento sin poder cooperar, ¡cómo pudiera ayudarte, tenderte la mano, tocar tu rostro! ¡Abriarte, transmitirte ternura! Trata de dormir, eso te aliviará.

-¿Tú crees que lo lograré? -sollozó aun más todavía y nuevamente reiniciamos la conversación.

-¿A ti te torturaron?-. Se lo conté. Ella, muda, me escuchaba.

-Me sale sangre y ni siquiera me dejaron un pañuelo para limpiarme.

-Ve si aún conservé el mío en mi bolsillo. Escuché cómo se deslizaba en el piso y llegaba hasta mi silla. Me levantó el capuchón, me tocó la cara con los dedos y me miró con sus dulces ojos color miel. Era rubia y pálida, con un cabello desordenado y largo, la cara machucada, un ojo violáceo y su cuerpo se notaba magullado a pesar de que mi postura me impedía contemplarla entera.

-¿Deseas que te levante la silla o que te desate las amarras?

-Déjame así, porque después te castigarán si me ayudas. Acuéstate cerca de mí -le rogué-. Eres muy hermosa, tienes unos ojos preciosos.

-¿Tú crees? -murmuró en un suspiro.

Se notaba fina y frágil como una adolescente y en ese suspiro comprendí que el cansancio y el sueño la vencían. Me quedé dormido y de pronto me desperté asustado.

-Compañera..., compañera... -la llamé, y ninguna respuesta acudió a mis oídos, pero, afinándoles en exceso, escuché un desacompasado resuello de quien duerme en estado febril e intranquilo. Reanudé el sueño pese a la posición absurda de mi cuerpo, mis manos atadas a la espalda, la cabeza cubierta y sentado en una silla, me encontraba agotado.

Poco duró ese descanso pues a las escasas horas llegaron los encapuchados y se llevaron a la mujer y a los pocos minutos vinieron por mí. Me soltaron y pude ponerme de pie, lo que constituyó un suplicio, tales eran los quebrantos de mi estropeada columna dorsal, sobre todo la cola resultaba la parte más lesionada y sensible de mi fatigado organismo. Me sacaron el capuchón, la luz me encandiló. Por último descubrí dos muchachos sin antifaz, jóvenes, rubios, atléticos. Me condujeron a una sala vacía con solo cortinas de tul en las ventanas y a un costado de la pieza colgaba una caja de dos metros de alto por igual medida en el ancho y en el largo, con una puerta: "La cabina infernal".

-¿Has reflexionado? ¿Deseas decir algo?

Alcé mis hombros en señal negativa.

-Conforme- dijo-. Entonces tú también entras y efectuó una reverencia a lo Luis XV. Al abrirse la puerta de la cabina encontré en un rincón a mi chiquilla desnuda. De inmediato nos abrazamos empavorecidos de zozobra. Es indescriptible lo que se siente en esos momentos.

-Nos aplicarán electricidad- le anuncié.

-¡Qué horror! -gritó, aferrándose a mí. Alcancé a deslizar mis manos por su rostro crispado en un intento de transmitirle valor y en ese segundo las placas metálicas que forraban la cámara comenzaron a emitir vibraciones y descargas eléctricas que nos lanzaron lejos uno del otro. Topábamos el techo, las



paredes, el piso, como acróbatas permanentes. Una sensación de locura superdominante, vértigo, relámpagos que traspasaban, borrachera de demonios en la sangre que arrastra toda tu personalidad y te convierte en un superviviente sumiso, vencido. Me sangraban atrozmente los oídos, todo el cuerpo me dolía y la muchacha gritaba y gritaba. Suplicaba. Yo aguantaba con esfuerzo las ganas de llorar y gritar porque ella sufría tanto. Dios mío, se me antojaba espantoso su sufrimiento y creí cobarde demostrar el mío, pero hubo un momento inaguantable y también me largué a llorar y a gritar igual que la muchacha.

A ratos interrumpían la electricidad y nos concedían tregua, mas las bestias se ensañaron con nosotros y volvieron a la carga. Nunca fueron más horribles los gritos de la niña que en esa prueba. Yo estaba más allá de la desesperación de oírla, de sufrirla, de amarla... De súbito se acallaron sus gritos y vi su cuerpo saltando de un lado a otro, chocándose contra mí. Cortaron la corriente, abrieron la puerta. Yo era una piltrafa. Ella, quieta sobre el piso, ni siquiera abrió los ojos. El encapuchado se aproximó a ella y la movió. Me di cuenta de que no reaccionaba. Me acerqué a ella, la toqué y comprendí. Entró el médico vestido de delantal blanco con el estetoscopio colgado de su cuello: le auscultó el corazón.

-¿Ven lo que pasa? Ya les he advertido, se les pasó la mano: la mataron.

-Sal -me dijeron.

Aterrado, me arrastré fuera de la cabina.

-Debemos vestirla.

-Sácala de ahí- me ordenaron. Apenas podía caminar; tampoco aceptaba que ellos la tocasen. Hice un esfuerzo sobrehumano y logré a tirones sacarla del horroroso lugar.

-Y ahora: ¡vístela!-. Me arrojaron un bulto de ropa.

Tomé el atado: eran los hábitos de una monja.

POESÍA

Regreso a la aldea

En la tarde del domingo el sol se oculta y reaparece, como si de nuevo quisiera jugar con los ociosos de la aldea; los traviesos soñadores de otra tierra, que circulábamos por la calle infinita de la plaza. Una vez más volvemos al paraíso abandonado; el humo de los cigarrillos teje argollas blancas que se desvanecen hacia los arboles. Lloran secretamente los ojos del perdido, por las nubes que se marcharon, y desde la mirada que dibuja caminos que nunca andaremos, veo salir millones de golondrinas volando hacia otro tiempo. El atardecer prolonga mi sombra sobre las paredes rojas y las golondrinas que salen de esa mirada, cruzan el azul del firmamento.

Palabras para un mártir

Isis Obed Murillo deja un poco de sangre de Lempira en el aeropuerto de Toncontín, la maleta granate de su viaje al infinito.

Era el sexto entre doce hermanos, dicen las crónicas, y que tras estudiar por las mañanas, medía el peso del mundo en las bodegas de un hipermercado.

Había visto marchar 18 veces a los hijos de Cecilio del Valle por las calles de su país y seguramente soñó muchas mañanas pasar también como ellos siguiendo las cinco pálidas estrellas de su bandera.

Un niño muerto sobre la calle, con la tierra al hombro hacia ninguna parte, un adolescente acribillado arrodilla el universo y hunde la vida hasta más abajo del infinito. En su voz, en su cabeza justa no había más que sueños.

En su mirada clausurada sepultaron el firmamento y la paz se desvaneció como una luciérnaga en el amanecer de la selva.

Se ha roto una cabeza humana otra vez en la tierra, ha entrado el heraldo oscuro por la puerta posterior al sagrado templo de la luz.

Han violentado el alma todavía blanca de un muchacho, las casas están tristes, la ira ronda las plazas de todas las ciudades, las frentes de los hombres retan a las auroras desde Tegucigalpa y las aves de los montes lloran sobre las ruinas de Copán.

Los zapatos de Isis Obed Murillo son dos embarcaciones que un río turbio ha llenado de agua y de silencio, dos alas desplomadas sobre las piedras de las viejas pirámides. Su caminar es ráfaga de humo, su pantalón humilde, la sombra de otro muerto, y su camisa, una bandera rota donde rasguñan imperiales garras.

Sus manos son dos lánguidas estrellas.

Los ojos de Isis, hermanos míos, miran ahora desde el otro confín

los aviones que vienen sobre la ciudad

y que como su frustrado vuelo

perdieron tempranamente su horizonte.

En la república de Honduras, cerca de Guatemala,

Costa Rica,

próxima a El Salvador, a Panamá,...

No lejos del paraíso y los herejes,

vecina de las galaxias y los dioses

los ojos de este hombre inconcluso seguirán mirando el infinito

Y un día, estoy seguro, vendrán sobre la urbe

llena de niños y estandartes celestes.

Volverán como guacamayas a la sombra de la arboleda.

En el café de los falófagos

En el café de los falófagos

entran y salen

los axilijuntos de siempre.

El ambiente huele a flores degolladas

y por la atmósfera navega una nube de números que pasa ante los ojos aburridos de las meseras.

Los magos manipulan el ovillo invisible donde se trama la red de los piratas del mediodía.

Es el ritual de la caverna

que gobierna el huerto de las avenidas

junto a las torres de la prisa.

Los teléfonos brincan como ataúdes

llenos de cadáveres que resisten

y los encantadores se levantan

para arrastrar su misterio hacia otro templo.

Sobre el mantel los platillos han estampado la muerte de otro día.

Libre del murmullo de los ilusionistas y los hechiceros

yo me pongo a pensar en los aviones

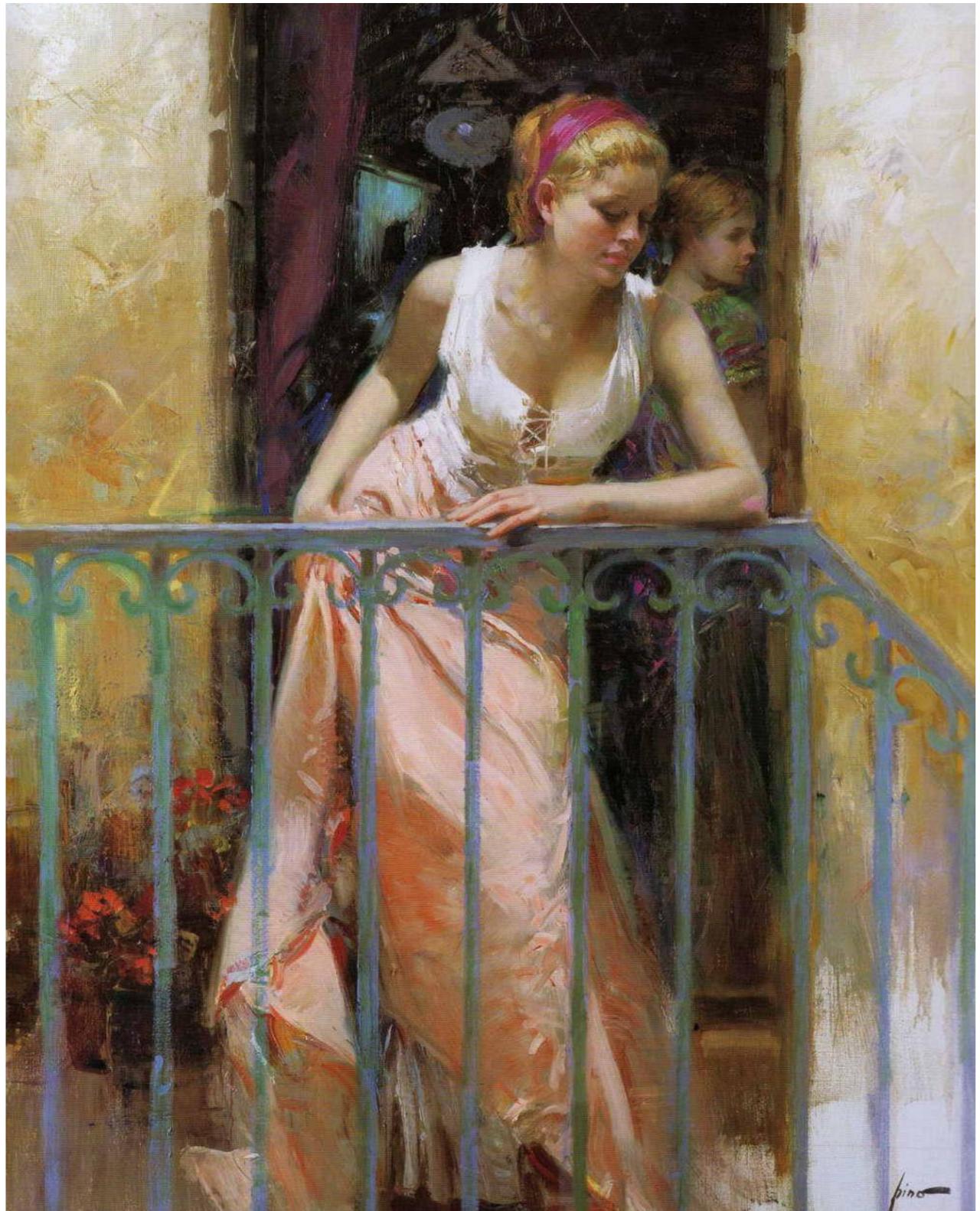
que han de venir inexorablemente

a derramar azufre sobre la ciudad.

Luis Contreras



En el balcón, de Pino Daeni



Escribenos a alerce@sech.cl